

# Una semana en Cartagena (de Poniente)

Jesús Munárriz

**EL POETA Y EDITOR JESÚS MUÑÁRRIZ CALLEJEA POR LA CIUDAD COLOMBIANA DE CARTAGENA Y TRAE A CUENTO A CERVANTES Y AL SONETISTA LOCAL CARLOS LÓPEZ.**

Cuando aterrizas en Cartagena de Indias y sales del avión, un bofetón de calor húmedo y pegajoso te sorprende y envuelve. Así es el trópico y hay que acostumbrarse a su inflexible temperatura, que apenas desciende por las noches, idéntica en todas las épocas, ya que lo que allí llaman invierno no es más que la estación de las lluvias: tres meses en los que jarrea a diario varias veces, pero lo que cae es un agua templada que pronto se evapora y hace aún más agobiante el calor.

Aunque lo peor no es el calor, lo insoportable es el frío. Desde que los gringos inventaron el aire acondicionado, en el Caribe se pasa constantemente del fuego al frío y del frío al fuego, en una alternancia fatal para la salud. Taxis como neveras, restaurantes como salas de despiece, hoteles como frigoríficos industriales, todo contribuye a que el viajero, vestido con las prendas más sutiles para salir a la calle, se congele en cuanto pone los pies en un local. Bancos, farmacias, supermercados, todos siguen la norma: para combatir los 40 grados de la calle, aire acondicionado a bajo cero. No sé cómo lo soporta la población autóctona, la verdad. Los irán acostumbrando desde pequeños, supongo, porque entrar a comprar una aspirina con la camisa empapada de

sudor y quedarse congelado en la farmacia como la colada de un esquimal no puede ser bueno para nadie. O a lo mejor sí, y han conseguido eliminar los microbios del catarro con este método de sauna sueca.

Cuando aún no había llegado el progreso, aquí se combatía el calor con métodos más bárbaros: muros gruesos, patios interiores, velas que los sombreaban, corrientes de aire, fuentes, refrescos. Los antiguos conventos convertidos en hoteles aún conservan claustros en los que un frescor agradable y natural alivia los rigores de la calle. Pero, claro, ahora somos modernos y los hoteles se construyen como búnkeres, con ventanas cerradas y selladas, y enormes acondicionadores de aire que consumen megavatios de energía veinticuatro horas al día, expulsan más calor al calor y mantienen los treinta o cuarenta o cincuenta pisos del gigante a la temperatura de una envasadora de congelados, 365 días al año. Alguna mejoría se consigue desenchufando el aire en la habitación, pero como no se puede ventilar, al cabo de un par de horas no hay más remedio que volver a enchufarlo, facilitando a los ácaros y quién sabe si a las bacterias de la legionella la libre circulación por los conductos.

En Maracaibo, que está no lejos de Cartagena, y a la misma latitud, ya me había tocado poner a prueba mis defensas en similares circunstancias hace algunos años, pero allí sólo estuve veinticuatro horas (llovió durante unas cuantas, no muchas, pero con tal entusiasmo que se inundó media ciudad). Es una lástima que no pudiera quedarme aquel fin de semana, porque se anunciaba una corrida en una plaza de toros ¡con techo y con aire acondicionado! Me habría gustado vivirlo para contarlo, pero no fue posible.

Tal vez exagero, lo sé. Es verdad que en ambos casos he sobrevivido a la experiencia del Caribe semipolar, aunque en las dos con los bronquios algo tocados y una persistente ronquera, así que no se lo aconsejo a personas de salud delicada.

El hotel, treinta pisos refrigerados, se alza en el istmo de Boca-grande, que se extiende entre la bahía y el mar abierto, una franja de dunas y arenales en la que fueron instalándose los ricos en la segunda mitad del pasado siglo en estupendo chalets, y donde se abrieron los primeros hoteles (de tres o cuatro plantas y con amplios jardines) de un incipiente turismo que ahora sigue el

modelo de Benidorm: a ver quién construye más alto. La playa que flanquea Bocagrande es de arenas pardas y el mar está permanentemente a la temperatura del sancocho, que es la sopa típica de la zona. Y deben de estar todos tan acostumbrados al calorcillo que la piscina del hotel, en el piso 20, está alimentada de continuo por un chorro de agua caliente, no vaya a ser que se enfríe en contacto con el aire, ya que está situada al aire libre (el aire, que no baja de los 25 grados al amanecer).

Llegamos el sábado por la noche. El domingo, después del almuerzo, me voy paseando a la ciudad antigua.

«Cartagena de Levante, puerto de mar y pirando» era la frase ritual que pronunciaba mi padre al salir de casa cuando emprendíamos un viaje familiar. Frase antigua, sin duda, de la época en que España tenía dos Cartagenas: la de Levante y la de Poniente, más tarde llamada de Indias, y por tanto había que diferenciarlas. Luego, aquella lejana Cartagena de Indias fundada por un madrileño, Pedro de Heredia, fue la primera ciudad colombiana en sublevarse contra la metrópoli, y tras varias rebeliones y reconquistas se independizó para siempre, junto con su país, y allá los cartageneros se fueron medio olvidando de que habían sido españoles, aunque en tantas cosas lo siguieran siendo, y aquí nos olvidamos de que a muchas millas del Mediterráneo había otra Cartagena, que fue nuestra, y que nada tenía que envidiar a nuestras ciudades más hermosas y mejor conservadas.

Aquel domingo por la tarde se esperaba la llegada de los reyes de España, a los que recibiría el presidente colombiano, así que policía local, policía nacional, policía secreta y ejército se encargaron de dejar el casco histórico limpio como una patena: ni un coche, ni una moto, ni una bici, ni un vendedor callejero con su carrito. Sólo perros sin dueño, fuerzas del orden, y algún turista despistado como el que esto escribe deambulábamos por las calles semidesiertas que, con los comercios cerrados, y sin vehículos, habían recuperado buena parte de su encanto dieciochesco.

Porque allí sigue, asomada al Caribe, la vieja ciudad española encerrada entre murallas que la hicieron inconquistable, con sus viejas casonas y conventos, iglesias y palacios que tanto nos recuerdan la arquitectura gaditana y canaria, con sus rejas, balconadas y galerías de madera, sus portadas y escudos de piedra vol-

cánica, sus frescos patios y sus tejas moras. Pasear por sus calles solitarias e ir descubriendo sus nombres: Tumbamuertos, Camposanto, del Estanco del Tabaco, de la Inquisición, de las Damas, del Estanco del Aguardiente, del Curato, de los Santos de Piedra... es recordar siglos de historia, y la imaginación se echa a volar recreando la vida de aquellos trasterrados que en estas lejanías levantaban fuertes, puertos y ciudades de piedra según modelos que se remontaban a los romanos, y que enraizaron su civilización, con sus virtudes y sus defectos, su justicia y sus injusticias, su lengua y su religión, «con todos esos bienes y esos males / que nos legó la hispánica conquista», como lo resumió Luis Carlos López, en esta costa tropical que nada sabía de todo aquello. Algunos viajaban a las Indias, se enriquecían y volvían a su pueblo a presumir de doblones, pero cuántos se quedaban para siempre en el Nuevo Mundo, se unían a las mujeres morenas de la tierra, engendraban hijos americanos y en América dejaban que se pudrieran sus restos.

Rompe el silencio de vez en cuando el vuelo rasante de algún helicóptero militar. Por las puertas abiertas de muchas casas se atisban televisores encendidos rodeados de atentos videntes: juega al fútbol la selección nacional colombiana. Algunos han sacado sillas y mecedoras a las calles, hoy despejadas. Luego verán en los mismos aparatos la cercana llegada de los reyes, que en contra de lo previsto se retiran al hotel y dejan al presidente Uribe la tarea de inaugurar la estatua de Cervantes.

Cervantes, como se sabe, solicitó al rey venir a Cartagena como «contador del almacén de galeras», o contable, que diríamos hoy, pero le denegaron el permiso con aquella tajante respuesta de «busque por aquí en qué se le haga merced» que le hizo quedarse a malvivir en la península. ¿Qué hubiera sido de Cervantes en América? La historia de la literatura sería otra, sin duda, de haberse autorizado aquel viaje. El caso es que los cartageneros han decidido que, ya que no pudo venir en persona, van a instalar a don Miguel en Cartagena «en efigie», como hacía la Inquisición con los relapsos (aunque a ellos para quemarlos), y han encargado el trabajo a Héctor Lombana, un escultor local del que volveremos a hablar. Lombana ha instalado a Cervantes sobre un pedestal, sentado a la mesa y escribiendo. Su mano buena empu-

ña una gran pluma de ave y otra similar descansa en el tintero. Todo ello, por supuesto, en bronce. Artísticamente, la estatua es algo ratonera, pero cumple su función de instalar cuatro siglos después en este suelo a quien no consiguió, pese a sus deseos, pisarlo en vida. Y puede que sea el único monumento en que Cervantes figura escribiendo; yo, al menos, no recuerdo otro.

De todas formas, en Colombia las cosas no son como en otras partes y esto hasta a las estatuas les afecta. Al día siguiente, el diario *La Verdad* titulaba a toda página: «Un gamín le robó la pluma a Cervantes» (un *gamín* es un niño de la calle, sin familia, también llamado por aquí, de manera terrible, un «desechable»). ¿Qué había ocurrido? Pues que la estatua, «develada» por Uribe, a falta de reyes, la tarde anterior, amaneció sin una de las dos plumas (supongo que precisamente la que don Miguel «estaba utilizando»). La policía municipal se lo hizo saber al alcalde, que a su vez lo comunicó a las autoridades nacionales, que justo aquella mañana tenían que inaugurar el Congreso de la Lengua Española, y se armó tal revuelo que el jefe de la policía fue amenazado con el cese inmediato si la pluma no aparecía antes de la inauguración. Así que movilizó a todos sus hombres, que peinaron la ciudad en busca de la ilustra pluma. Y la pluma acabó apareciendo en un chatarrero, que la había comprado al peso al «gamín» que se la arrancó de la mano diestra al ilustre manco. Avisado el escultor del desaguisado, se devolvió la pluma a su dueño, la fijaron con más eficacia y todo volvió a transcurrir por los cauces previstos.

A estas alturas, supongo que ya debería haber contado qué hacía yo en Cartagena. No iba, como otros, al Congreso de la Lengua, que congregaba a académicos y profesores, ni me habían invitado como poeta a leer mis versos, sino que había sido convocado por la Unión Latina, junto a otros cuatro españoles, para recoger los Premios Panhispánicos de Traducción Especializada que nos habían concedido, a mí en concreto por mi versión de *El Persiles descodificado o la «Divina Comedia» de Cervantes* de Michael Nerlich. Para darle al asunto cierto suspense (o «suspensión», que es como Cervantes lo escribía), no sabíamos a quién corresponderían el primero, el segundo y el tercer premio hasta el momento mismo de la entrega. Pero como nos invitaban a pasar una semana en Cartagena y los tres premios estaban bien dotados,